

Rafael Maya

Escribe: JAIME DUARTE FRENCH

Palabras iniciales del libro "Poesía", de Rafael Maya, editado por el Banco de la República, 1980.

Con la generosidad ilimitada que le es propia, me ha solicitado el maestro Rafael Maya que escriba, a manera de introducción de estas páginas, algunas palabras relativas a su obra. Es difícil imaginar un compromiso de mayor responsabilidad. Cuando el maestro se fijó en mí para tan ponderoso y noble encargo, es seguro que tuvo presente, tan solo, mi antigua e inextinguible devoción por su labor intelectual, y dentro de ella, por su poesía, que es, en el conjunto de su producción literaria, la parte de excepción donde el hombre ha volcado, con asombrosa esplendidez, todos los frutos sazonados de sus huertos interiores.

Rafael Maya es la realización plena de una alta y firme vocación literaria. La fuerza que desarrolla su espíritu en este campo lo ha llevado a ejecutar una de las tareas más completas y significativas en la historia de Colombia, y acaso también en la de América. No hay, en efecto, un escritor que, como él, pueda mostrar una mayor suma de valores literarios. Quienes pudieran emularlo en la poesía, no ofrecen, sin embargo, como el insigne payanés, una obra tan valiosa ni tan completa en el campo de la crítica, ni en el de la docencia, que él ha dignificado mediante la cátedra, en un ejercicio sabio y continuo de más de media centuria.

El ensayo crítico ha sido, ciertamente, el instrumento de precisión con que Rafael Maya ha llevado a cabo su portentosa tarea de revisión, clasificación y promoción de la literatura colombiana, desde los orígenes coloniales hasta los días presentes.

En este campo de su labor intelectual ha prodigado, con sin igual largueza, tanto el inagotable acervo de sus juicios, siempre certeros, como el esplendor formal de su prosa, ceñida hasta la perfección a los cánones estrictos y rigurosos de los grandes escritores clásicos. En esto resulta el ilustre payanés una figura excepcional. Otros colombianos han trazado ya, en diferentes épocas, el curso de nuestra incipiente pero afortunada literatura, y lo han hecho con notable versación y gran propiedad. Así, por ejemplo, José María Vergara y Vergara, Isidoro Laverde Amaya, Antonio Gómez Restrepo, José Joaquín Ortega Torres, Baldomero Sanín Cano y Daniel Samper Ortega, entre otros. Todos eminentes críticos y excelentes escritores. Ninguno de ellos, sin embargo, reúne las calidades de que hace gala el maestro Maya en el ejercicio de una actividad intelectual tan difícil como ésta. La crítica histórico-literaria requiere, en efecto, junto con el conocimiento profundo y detallado de la materia, en sus múltiples expresiones, un fino y seguro sentido de la belleza, una percepción clara del fenómeno creador, una comprensión verdadera de ese hálito espiritual que emana inevitablemente de toda obra de arte, y la clarividencia suficiente para señalarle su auténtica significación histórica. Rafael Maya cumple a cabalidad esa compleja función. Y lo hace con naturalidad, con ese ejemplar equilibrio de quienes están espiritualmente predestinados a dar testimonio de verdad en todo lo que concierne a la actividad humana. Por eso la crítica es siempre una exigencia de ponderación y equilibrio, de templanza y medida, de dominio y medida, en forma que el pensamiento se exprese siempre sobre una línea inquebrantable de serenidad, severidad y justicia. El crítico no puede serlo con autoridad si permite que su juicio se altere o afecte por la presencia en él de factores impropios de un razonamiento desinteresado y preciso. En esto ha sido ejemplar el maestro payanés. Su pluma ha hecho la disección, pudiéramos decir perfecta, de la literatura colombiana, en lo que ella tiene de fundamental como testimonio histórico de un pueblo excepcionalmente apto para los empeños del espíritu. No hay escritor nacional, de alguna importancia, que no haya recibido del maestro Maya el tratamiento adecuado, mediante la exaltación de aquellos valores que, en cada caso, configuran y califican real y verdaderamente la obra literaria. Los ensayos así surgidos de la pluma del maestro forman hoy la monumental obra crítica, que el más lúcido de nuestros intelectuales ha dedi-

cado al examen pormenorizado, juicioso y metódico de cuanto representa en la cultura del país un motivo de reflexión y de estímulo. La literatura colombiana no se entendería a cabalidad, e, inclusive, no tendría la misma significación en lo estético o lo histórico, si su conocimiento no se complementara con el estudio de esos ensayos, muchos de los cuales se encuentran hoy recopilados en espléndidos volúmenes. Tarea de inmediata necesidad, y de reconocida conveniencia patriótica, es la de recoger en pulcras ediciones los que aún subsisten dispersos, y aún ignorados, en revistas y periódicos, del país y del exterior.

No viene al caso entrar en el examen prolijo de esta parte de la obra de Maya, pero es inevitable decir que ella contiene, en profusión cierta y magnífica, todas aquellas virtudes que, como atrás dijimos, se hacen imprescindibles en un trabajo crítico de la naturaleza del que glosamos. El maestro Maya puede ufanarse como el que más con esta noble docencia suya en beneficio de la literatura colombiana. En efecto, tales ensayos, por la fuerza creadora que los inspira, y por la perfección formal que los caracteriza, pueden colocarse en un nivel estético no inferior al de su poesía, guardadas, obviamente, las diferencias naturales que ofrecen dos géneros literarios como estos. Pero Maya, que por sobre todo es un cultor y un cantor de la belleza, en la altísima acepción de tal vocablo, dispensa, por igual, sus esencias líricas, tanto en la prosa como en el verso. Esto no demerita, antes bien, eleva y afianza la calidad excepcional de la obra total del maestro, y la proyecta estéticamente en términos aún más trascendentales.

La poesía de Maya, que recoge en su integridad este libro, no tiene par en la literatura colombiana. Pero no porque sea más extensa que la de cualquiera otro, o más lírica, o más sentimental, o más culta, o más variada y compleja, o más elemental y transparente, o más emotiva o más cerebral. La poesía de Rafael Maya es excepcional porque para definirla, si se estuviese en el trance de hacerlo, no se podría recurrir en justicia a ninguna de esas denominaciones, porque no corresponde en verdad a ninguna de ellas, aunque sí las comprende todas, ¿Es poesía clásica? ¿Neoclásica? ¿Modernista? ¿Es poesía romántica? ¿Su veta íntima está en Garcilaso, en Góngora, en Manrique, en Lope? ¿Juan Ramón Jiménez le dio, por ventura, algo de su ser poético? ¿Le infundieron su aliento, acaso, los hermanos Ma-

chado, Rubén Darío, Silva o Lugones? No vale ni es pertinente una indagación de estas, porque Rafael Maya, superando con claridad ismos e influencias, sólo es un poeta, nombrado así escuetamente, sencilla y elementalmente, sin accesorios, abalorios ni fastuosas riquezas verbales, sin retóricas ni fantasías.

El propio maestro ha querido dejar establecidas algunas circunstancias relacionadas con su formación intelectual, y lo ha hecho con palabras recogidas, casi tímidas, como conviene a un espíritu transparente en trance de confesión: "Creo que existe en mis poemas cierta unidad procedente de que sólo he tenido una preocupación: la autenticidad. En esta materia no me he traicionado ni una sola vez, habiendo vivido aparte de toda preocupación accidental sobre escuelas literarias, o sobre maneras precarias de expresión. De niño cayeron en mis manos los libros de Darío, de Machado, de Unamuno, en fin, de cuantos pertenecieron a la llamada generación del 98. Esos autores formaron mi gusto y cimentaron mi estética. He seguido leyéndolos. A ello es necesario agregar la influencia de líricos hispanoamericanos tan ilustres como el gran Lugones, como Valencia, como Herrera Reisig. Algún tiempo después vino la lectura apasionada de los parnasianos y simbolistas franceses, que literalmente embriagaron mi juventud. Después D'Annunzio, de Castro, y en general de todos los escritores nacidos en ese fin de siglo suntuoso y decadente. No tuve influencia directa ni exclusiva de ninguno de estos autores. Pero todos ellos dejaron una franja de luz en mi espíritu". La cita que Maya hace de estos ilustres nombres, puede entenderse como un homenaje de galantería de un poeta auténtico y perdurable a otros que, colocados en esferas diferentes, también lo son como él, y en el mismo altísimo sitio. En cambio, lo que ya no es una galantería, sino un hondo y férvido reconocimiento, es lo que revelan estas palabras: "Sería olvido imperdonable si no mencionase la influencia que ejercieron sobre mi poesía algunos clásicos latinos bien conocidos en mis clases de Humanidades. Entre estos autores Virgilio dejó huella indeleble en mi inspiración. Sobre todo por haber sido gustado en el ambiente de mi ciudad nativa —Popayán— ambiente esencialmente virgiliano y el paisaje que lo rodea. Entre Virgilio y el paisaje de Popayán advertí desde el principio afinidades entrañables, y puedo asegurar, que, sin ese autor y nacido yo en otra comarca del país, no habría escrito versos o es posible que mi poesía se hubiese orientado en otra forma. Y

aquí está el origen de mi lírica. Fui una naturaleza esencialmente apta para amar los campos, los árboles, las colinas, con amor verdaderamente panteísta”.

El lector de este libro no necesita, pues, para entrar en comunión con sus íntimos valores, ningún género especial de aptitud mental o espiritual, porque esta es una poesía que corre naturalmente por el espíritu, que lo impregna notablemente, que se esfuma por los sentidos, que penetra suave y dulcemente en el entendimiento, que discurre con leves ondulaciones por la sensibilidad, que alienta de ensueños las horas y puebla de amables reminiscencias el corazón. Cada verso de estos es un estado de alma, común a todas las criaturas, porque nadie, venturosamente, ha dejado de sentir, hasta estremecerse, ya en la niñez, ya en la juventud o en la edad proveya, en su retiro familiar, frente al paisaje nativo o ante los desengaños o deleites de la vida, cuanto el poeta ha expresado y cantado. Leer esta poesía, sumergirse en sus aguas límpidas y sedantes, es como poner el alma a volver sobre sí misma, en busca de los tesoros afectivos que le fue dado acumular en su peregrinaje por el mundo. Cada verso de Rafael Maya es un paso en ese camino, porque el universo poético que él creó es un trasunto prodigioso del que toda criatura humana lleva en su espíritu, y que se nutre de las grandes y pequeñas cosas de cada hora, de esas que, según el decir de Ganimet, constituyen la trama del diario vivir. Maya es en esto excepcional. Ningún poeta colombiano se le parece en el tratamiento que él da a las cosas elementales que afectan el sentimiento, con la única excepción, tal vez, de José Asunción Silva, si bien Maya supera al bogotano en la amplitud, variedad y pureza de los acordes y registros que arranca a su lira. Pero no divaguemos. El amante de la poesía tiene ahora en sus manos una obra luminosa, transparente y sencilla, hecha de poesía pura, como la soñó Juan Ramón. Como la escribió Juan Ramón, después de haberla padecido en los desvaríos de un oropel que la cubrió de ludibrio. Ya al final esplende ella en toda su desnudez.

Y Maya, que es un poeta límpido, ajusta su cantar a la sagrada norma con que el andaluz redimió, por todo el tiempo del mundo, de toda vana escoria y todo vulgar oropel, el divino oficio de la poesía, cuando dijo de ella:

*Vino, primero, pura,
vestida de inocencia;
y la amé como un niño.*

*Luego se fué vistiendo
de no sé qué ropajes;
y la fuí odiando, sin saberlo.*

*Llegó a ser una reina,
fastuosa de tesoros...
¡Qué iracundia de yel y sin sentido!
...Mas se fué desnudando,
y yo le sonreía.*

*Se quedó con la túnica
de su inocencia antigua,
Creí de nuevo en ella.*

*Y se quitó la túnica,
y apareció desnuda toda...
¡Oh pasión de mi vida, poesía
desnuda, mía para siempre!*